

SIETE MORADAS EN EL CORAZÓN AMANTÍSIMO DE JESÚS

o sea la semana santificada por la devoción al Corazón de Jesús

Hija mía, di a la persona por quien pides, que todo lo que desea debe venir a buscarlo en mi Corazón. (*Jesús a santa Matilde*)

Advertencia

Esta práctica no supone, ni menos exige del alma siga invariablemente el orden de las consideraciones señaladas para cada día. Este orden es tan solo un guía para introducirla provechosamente en la sagrada Mansión del Corazón de Jesús, y para tener todos los días algo sólido que imitar y meditar. Mas, si llama el divino Maestro al alma a otro punto o materia, déjesela ir con su Amado y espaciarse en este Paraíso del Divino Amor, porque aquí lo único que se pretende es el aprovechamiento del alma, que todo está en el amor a Jesucristo. Y, con más razón que en las moradas del alma, debemos advertir, que hay en cada morada del Corazón de Jesús como muchas moradas con mil matices, variedades, delicadezas y grados de gloria, de perfecciones y de amor. Solo queremos con este humilde trabajo facilitar al alma la entrada en este castillo del Divino Amor, y allí, a solas con su Amado y Capitán del Amor Cristo Jesús, espáciese con holgura, y mire y adivine y pondere la profundidad y alteza, la longura y anchura y sublimidad de la caridad de este Corazón adorable, y su ciencia, y sus virtudes y perfecciones infinitas, arrebatada de las que más eficazmente la muevan a amar, alabar e imitar tan divino modelo.

Señalamos solas siete de estas moradas para santificar cada día de la semana por esta devoción dulcísima, y para que tenga el alma pábulo para meditar, hallando en la variedad y unidad todo el fruto apetecible.

Bendigan Jesús, María, José y Teresa de Jesús este pequeño trabajo, ya que todo él está consagrado a procurar su mayor honra y gloria, y dé tanto fruto en las almas como les pide el más pobrecito de sus devotos, que por caridad pide a las que esto lean, una súplica a tan amantísimo Corazón.

El Autor

Devoción de las siete moradas en el Corazón de Jesús

Tiene por objeto esta devoción entrar en el Corazón de Jesús todos los días, vivir en Él, aprender sus lecciones de vida eterna, y sobre todo, como fruto el más precioso, imitar sus virtudes. Están tomadas de las siete moradas que en el alma humana pone nuestra santa madre Teresa de Jesús, para que toda clase de almas, en cualquier grado de perfección en que estén, puedan entrar en este Sagrado Asilo y hacer allí su morada, seguras de que nadie les ha de impedir la entrada y la morada en Él, porque quedó abierto este Sagrado Asilo en la Cruz para todos, y a todos llama, en especial a los más pobrecitos, esclavitos y necesitados, diciéndoles: “Venid a Mí todos los que andáis

trabajados y agobiados, y Yo os consolaré, alentaré. Aprended de Mí todos, porque soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas. El que tenga sed, venga a Mí, y le daré agua viva para que no tenga más sed". Pues a todos llama, y la puerta está abierta, y no hay centinela ni nadie que nos estorbe el entrar, vamos todos al trono de la gracia, al tabernáculo de Dios con los hombres, al manantial perenne de todas las gracias, al paraíso de las delicias de Dios, al Corazón de Jesús, corazón de Padre, de hermano, de amigo, de esposo, de nuestro Dios. Todos hallaremos qué admirar y qué imitar: todos, sobre todo, hallaremos la paz, el consuelo, la fortaleza, la confianza, el amor, la felicidad que anhela nuestro pobrecito corazón. ¡Oh Jesús! Admítenos en tu Sagrado Corazón. A nadie rechaces, porque a todos has convidado; a nadie le niegues, porque Tú nos has dicho: Venid todos. Todos, pues, venimos a ti, camino, verdad y vida de las almas. Todos venimos a ti, porque Tú solo tienes palabras de vida eterna, y porque sabemos que nos amas. Todos venimos a ti, corazón adorable. Los pecadores para hallar el perdón, los justos para justificarse más, los pequeñuelos porque eres su centro, los humildes porque eres su modelo, los ignorantes porque eres su maestro, los enfermos porque eres su médico, los cristianos porque eres su redentor, su salvador. Gente flaca y pusilánime, gente pobre y desvalida somos los más, Señor, que venimos a morar en tu Sagrado Corazón, porque a los pobres evangelizaste, y a los pequeñuelos te descubriste, y de pecadores te rodeaste, y en corazones humildes hallaste tu gozo y tu paz. Los poderosos, ricos y sabios no gustan entrar en esa morada, porque es de humildad y mansedumbre; mas para nosotros es Jesús nuestro, nuestra mayor felicidad. No nos deseches jamás. Guárdanos dentro de tu Corazón como a la niña de tus ojos, abrasados todos, consumidos en tu amor y no salgamos de este *divino infierno*, como dice nuestra santa madre Teresa de Jesús, si no es para vernos ahogados en aquel mar infinito de la suma verdad, de la suma belleza, del sumo amor, naturalizados con la vida de Ti, mi Dios, en

Aquella vida de arriba,

que es la vida verdadera.

Amén.

Siete consideraciones correspondientes a las moradas del Corazón de Jesús

Para el domingo: *Amor*. –Santos protectores espaciales para este día: san José y santa Teresa.

Para el lunes: *Humildad*. –Santos protectores: san Juan Evangelista y santa Gertrudis.

Para el martes: *Mansedumbre*. –Santos protectores: san Francisco de Sales y santa Francisca Chantal.

Para el miércoles: *Pureza de intención*. –Santos protectores: san Luis Gonzaga y santa Magdalena de Pazzis.

Para el jueves: *Conformidad con la voluntad de Dios*. –Santos protectores: san Bernardo y santa Matilde.

Para el viernes: *Sacrificio*. –Santos protectores: san Miguel de los Santos y Beata María Alacoque.

Para el sábado: *Obediencia*. –Santos protectores: san Alfonso Ligorio y santa Catalina de Siena.

Oración preparatoria para todos los días.

“Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os confortaré”.

“Aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón y hallaréis paz para vuestra alma”.

“Tomad sobre vosotros mi yugo, porque mi yugo es suave y ligero el peso mío”.

Con estas regaladas palabras, amabilísimo Jesús mío, nos convidas a todos los que gemimos, y lloramos en este destierro, a buscar en ti solo consuelo, fortaleza y paz; a aprender lecciones de vida eterna. Movida mi alma por tan atenta invitación, acude a ti, Jesús dulcísimo, para pasar santamente este día en la escuela de tu Sacratísimo Corazón aprendiendo las lecciones de vida eterna que te dignes darme. Mas no voy sola, sino acompañada de tu dulcísima madre y mía María Inmaculada, que conservó y meditó todas estas verdades en su purísimo corazón. Fuerza es, Jesús mío, que me admitas a esta tu divina Escuela y sufras mi grande rudeza y corta aplicación en imitar tus virtudes, porque me llamaste, y porque eres manso y humilde de corazón. Habla, pues, señor y maestro mío Jesucristo, que tu siervo y discípulo escucha, y mueve con tus palabras y ejemplos tan eficazmente mi corazón, que solo sienta, desee, ame, sufra, hable y obre como tú, para hallar aquí descanso mi alma en la morada de tu Corazón, y después felicidad perfecta en el reino eterno de tu gloria. ¡Oh María, madre mía! discípula la primera y más aprovechada del Corazón de Jesús, rogad a Jesús por mí con mis santos abogados y especiales protectores de este día N. N. Amén.

Oración final para todos los días.

Gracias infinitas os doy, Señor mío Jesucristo, por haberos dignado una vez más admitirme en la escuela de vuestro Sagrado Corazón y enseñarme con vuestros ejemplos y palabras a conformar mi vida con la vuestra, sufriendo tan pacientemente mi cortedad y rudeza, mi desaplicación y flaqueza. Hacedme merced, os ruego, amantísimo Jesús, de que no salga jamás de esta morada de vuestro Corazón, sino para abismarme en ella en los resplandores eternos de su gloria. Concededme a este fin, Jesús mío, que mi corazón se revista cada día, con más perfección, de las virtudes de vuestro Corazón santísimo, y se inflame con sus afectos y esparza vuestro buen olor en todo lugar y tiempo; y viva yo, mas no yo, sino Vos en mí, atrayéndoos innumerables corazones a vuestro servicio y amor. Amén.

¡Oh María Inmaculada! Por vuestro corazón purísimo alcanzadme estas gracias y la especial de este día con mis santos protectores N. N. Amén.

Corazón de Jesús, mi amable salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

Jesús. José, Teresa y María, os doy el corazón y el alma mía

Jesús, José, Teresa y María, guardadme siempre en vuestra Compañía.

Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía.

MORADA PRIMERA (para el domingo)

Patronos especiales: *san José y santa Teresa de Jesús*

Oración preparatoria

Práctica del amor

La voz del Amado al alma:

Aprende en la escuela de mi Corazón, alma cristiana, a amar. Sin amarme nadie puede entrar y hacer mansión en mi Corazón. Yo soy amor, así como soy camino, verdad y vida de las almas. Y todos los demás amores dependen de mi divino amor, del mismo modo que todas las demás verdades dependen de mi divina verdad, y todas las demás grandezas de mi divina grandeza.

En amor perpetuo te amé, hija mía, por eso te atraje a mí, compadecido de ti. Fuego he venido a meter en la tierra de todos los corazones, ¿y qué quiero Yo sino que ardan? Mira, alma cristiana, este corazón alanceado, que tanto te ha amado, y tan mal le has correspondido.

Dame, hija mía, tu corazón. ¿No quieres ser feliz? Pues yo he hecho tu corazón para que me ame, y no puede ser feliz sino amándome, reposando, morando por amor en mi corazón. ¿Me amas, hija mía? ¿Me amas más que los demás? Si no me amas, si no ardes en las llamas de mi amor, habrás de arder en las llamas del infierno para siempre, siempre, siempre. Andas divagando y buscando una caricia, una palabra, una muestra de amor de las criaturas, casi siempre falsas, vanas y engañosas, ¿y no me amarás a mí, que soy la fuente de todas las ternuras y finezas del más puro y divino amor? No hallarás un corazón que te ame tanto como el mío, ni que lo haya probado mejor. Mi encarnación, nacimiento, vida, pasión y muerte, la Eucaristía, la Iglesia, todas son obras que te demuestran mi infinito amor. *Tam Pater nemo, tam amans nemo, tam amabilis nemo.* Nadie tan Padre, tan amante y tan amable como Yo, pues soy tu Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María Inmaculada. Dame, hija mía, tu corazón, porque es mío por haberlo criado, es mío por haberlo conservado, es mío por haberlo redimido y comprado con mi propia sangre. Este amor de mi corazón, hija mía, es como una fuente inmensa que no cesa de manar y derramar amor sobre todos los corazones, o como un gran fuego que consume todo lo que se le acerca y lo convierte

en fuego. Todas las criaturas son una limosnita de mi amor a tu indigencia. Nunca debes cesar de amarme, ni contentarte, ni decir basta, porque cuanto más crezcas en mi amor, cuanto más penetres en lo más secreto de mi corazón divino, más motivos hallarás que te despertarán a amarme. –El amor, hija mía, repáralo y ponéalo bien, el amor es como una saeta que, vibrada de la voluntad, hiere fuertemente mi Corazón y retorna de mi Corazón al tuyo con grandísimo aprovechamiento. Los actos de amor son estas saetas disparadas, y el alma absorta, embebida en esas heridas, se siente toda desfallecer engolfada en el océano del amor, y se siente morir por vivir una vida toda divina. Me preguntarás tal vez, cómo se aprende a amarme. Yo te digo que amándome con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, porque este es el primero y principal mandamiento. Ámame, y haz lo que quieras. Ámame, y ya has cumplido toda mi ley. Me mostrarás tu verdadero amor, si te ofreces a obrar y padecer por Mí, y en las ocasiones lo cumples. –En el amor no se puede vivir sin dolor. –Y, mi Padre y yo a quien más amamos, más trabajos damos. Prepárate, si me amas, para la cruz. Yo soy celoso de tu amor: no consiento rival en cuestión de amor. O me amas sobre todas las cosas, o nada me amas. Los corazones divididos todos son del diablo. O rey de tu amor, o nada. Mis queridísimas hijas de mi Corazón, mi padre san José y mi predilecta esposa Teresa te confirmarán con sus palabras y ejemplos en la práctica de estas verdades y virtudes del amor.

El alma amante del Corazón de Jesús:

Cosa sabrosa es, Jesús mío, oír hablar de vuestro amor. ¿Qué será tenerlo? ¡Oh contento mío y Dios mío! ¿Qué mayor cosa puedo ganar que contentaros a Vos? ¿Mas, qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios aunque hiciese muchos a mi Dios. ¡Oh Corazón de Jesús, mi suave descanso de los amadores de Dios! No faltéis a quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado al alma que lo desea. Deseo, Señor, en todo contentaros. Veísme aquí, Jesús mío, Amado mío: si es necesario vivir para hacerlos algún servicio, no rehúso cuantos trabajos en la tierra me puedan acontecer, como decía vuestra enamorada amante santa Teresa. Mas ¡Ay dolor! ¡Ay dolor! que ella tenía obras y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, amor mío, delante de vuestro divino acatamiento y no miréis a mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor: ya que se ha de vivir, vívase para vos: acábense ya los deseos e intereses nuestros. ¡Oh verdadero amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandísimas muestras de amor curáis las llagas que con las mismas saetas de amor habéis hecho!; ¡Oh Jesús mío, y descanso de todas las penas! ¡Con cuánta razón dice la Esposa de los cantares: Mi Amado a mí, yo a mi Amado, y mi Amado a mí, porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mío! Pues si es bajo, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar a su Criador? ¡Oh mi Dios! ¿Por qué yo a mi Amado? vos, mi verdadero amor, comenzáis esta guerra de amor, y siendo vencedor, os dejáis vencer de quien os ama. Ámeos yo, pues, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, oh corazón de mi amado, y ya que vuestra ley es ley de amor, concededme la gracia de hacerlo todo por vuestro amor. –Ya sé, Jesús mío, que las pruebas del amor no son las palabras, sino las obras. – Por eso quiero hacerlo todo por amor vuestro, nada por otros amores, sino por la fuerza de vuestro divino amor.- Ved si hay en mi corazón una sola fibra, un solo deseo,

que no sea santificado por vuestro amor, y si la hay, arrancadla, Jesús amado mío, porque vale más morir que vivir sin amaros. –Vuestro amor me fuerza a amaros, porque de tal suerte os habéis conmigo, que me habéis cercado de beneficios, que son leña de amores, para que no pueda amar más que a Vos. –¡Oh Jesús, amado mío de mi alma! Hazme prisionera de tu amor: átame con tan fuertes cadenas a tu Corazón amoroso, que me vea inhábil para soltarme. Ya que es fuerte como la muerte tu amor y duro como el infierno, máteme tu vista y hermosura y con tus manos amorosas arrójame en este tu divino infierno, de donde no sea jamás poderosa para salir hasta espaciarme en la región serena de tu amor eterno. Entráñame contigo, oh mi sumo bien de mi alma, y véase perdida mi mudable voluntad y engolfada en aquel mar infinito de tu suma bondad, para que no pueda jamás olvidarme de ti, ni amar a otro más que a ti y solo por ti. Amén.

Flor. Quisiera amaros, Jesús mío, si fuera posible, como vos mismo os amáis. Aumentad mi amor.

Fruto. Haré cada día *a lo menos* cincuenta actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

Jaculatoria. Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

Aspiración. ¿Qué se me da a mí, Señor, sino de Vos? Guardadme, Jesús, María, José y Teresa de Jesús, como la niña de vuestros ojos, y encendedme y abrasadme en los amores de vuestro corazón.

Oración final

MORADA SEGUNDA (para el lunes)

Patronos especiales: *San Juan Evangelista y santa Gertrudis.*

Oración preparatoria

Práctica de la humildad

La voz del Amado al alma:

Aprende de Mí, alma cristiana, porque soy humilde de corazón, y hallarás paz para tu alma. –La humildad es la verdad. Verdad en los pensamientos: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te vanaglorias, como si no lo hubieses recibido? Verdad en los sentimientos: ¿Te estimas por lo más ruin del mundo? ¿Presumes algo de ti? Yo soy la vid y tú el sarmiento, alma cristiana, y así como el sarmiento separado de la vid no puede dar fruto, así tú sin Mí nada puedes hacer; ni siquiera tener un buen pensamiento. –Verdad en las palabras: ¿Exageras?, ¿mientes? ¿Te alabas? Quien se loa, se enloda. –Verdad en las obras: Esta es la verdadera humildad, hija mía, conocer el alma lo que puede y lo que Yo puedo. Sin Mí nada

puedes hacer; conmigo todo lo puedes hacer. Esta es la verdad de la humildad y la humildad de la verdad. –La verdadera humildad está mucho en estar muy pronta en contentarte con lo que Yo quisiere hacer en ti, y siempre hallarte indigna de llamarte sierva mía. –El alma humilde tiene pena de verse loar. –El alma humilde se huelga de los desprecios, y le son como una música muy suave. –¡Oh hija mía! graba bien en tu corazón estas verdades y serás humilde, si conformas a ellas tu vida. Yo soy tan amigo de la virtud de la humildad, porque soy suma Verdad, y la humildad es andar en verdad. Y es muy gran verdad no tener cosa buena de ti, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira, y quien más lo entiende, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Ruega a mi Padre, y a mi Corazón, te haga esta merced de no salir jamás de este propio conocimiento de tu miseria y de tu nada.- El que se exalta será humillado, y el que se humilla será ensalzado. –Por esto yo resisto a los soberbios, y a los humildes doy mi gracia. *Aprende pues de mí a ser humilde de corazón.* Aprende mi humildad en la encarnación apareciendo niño, ¡y era Dios! Aprende mi humildad en mi nacimiento en una cueva. Aprende mi humildad en mi circuncisión, en mi huida a Egipto, en mi vida oculta, pues era tenido por un oficial, hijo de un pobre carpintero. Aprende mi humildad en mi vida pública, rodeado siempre de pobres, de niños, de pueblo, de pecadores y discípulos rudos y pobres pescadores, buscando solamente la gloria del Padre. Aprende mi humildad al lavar los pies de mis Apóstoles y del traidor Judas. Aprende mi humildad ante los jueces, en el Calvario, en la Cruz, en la muerte, hasta en mi sepultura, y, sobre toda ponderación, aprende la humildad en la Eucaristía. Sí, me aniquilé tomando la forma de esclavo, fui saturado de oprobios por tu amor, para poder decirte con verdad y con eficacia: Aprende de mí, porque soy humilde de corazón, y hallará paz tu alma.

¡Oh hombre! ¡Oh alma cristiana! Si no cura tu soberbia la humildad del Hijo de Dios, debe desesperarse de tu remedio y de tu salvación. Mis amados hijos de mi corazón, san Juan Evangelista y santa Gertrudis te confirmarán, con sus palabras y ejemplos en la práctica de estas verdades y virtud de la humildad.

El alma amante del Corazón de Jesús:

Oh buen Jesús, ahora comprendo, mirando a vuestro Corazón humilde, por qué os proponéis por Maestro y modelo de todo el mundo, y nos convidáis a aprender de Vos; y es porque sois humilde de corazón. Ahora comprendo que no puedo tener paz si no soy humilde. Ahora comprendo, que he andado errada buscando la exaltación en la soberbia, pues está solo en la humildad. Por esto ahora confieso, Jesús mío, que vale más delante de vuestra infinita Majestad y Grandeza un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo, y que Vos os dejáis solo vencer de la humildad, porque sois Dios de la verdad, y la humildad es la verdad. Yo confieso que no hay cosa que más me importe, mientras viva, que la humildad, y que no conviene dedicarme a otro estudio, porque sin la humildad, a cada paso me dejaréis, y jamás os agradeceré. Todo lo puede y todo lo vence la humildad, hasta vuestra omnipotencia. ¡Oh humildad, humildad! ¡Cuán preciosa eres! ¡Quién pudiera poseerte! Tú como la abeja labras siempre la miel de la devoción en el alma, y la sacas del Corazón de Jesús, y sin ti todo está perdido. Tú eres el fundamento de todas las virtudes, en especial de la oración, y cuanto más te abajas, más Dios desciende a ti. Tú eres la soberana de las

virtudes, señora de todo lo criado, emperadora de todo el mundo, libertadora de todos los lazos y redes que tiende el demonio, y la más amada de mi Señor Jesucristo; y por eso me abres de par en par las puertas de su corazón adorable y me descubres todos sus secretos. Quien te posea, bien puede salir a combatir contra todo el infierno y contra todo el mundo y sus ocasiones, sin tener temor de cosa alguna, porque tuyo es el reino de los Cielos. Nada temes, sino desagradar a Dios; nada esperas, sino su ayuda y su gracia; nada buscas sino su gloria; nada amas, sino hacer su voluntad. Tú eres el unguento que cura todas nuestras heridas, y sin ti a cada paso nos dejará el Señor. Dame, Señor, la verdadera humildad, y líbrame de la falsa: esto es, dé siempre a Vos lo que es vuestro, todo lo bueno; y a mí todo lo que es mío, esto es, la miseria, el pecado y la nada, y sírvaos siempre en humildad y simplicidad de corazón. No a nosotros, Señor mío Jesucristo, no a nosotros, sino a tu nombre sea todo honor y gloria, porque tú solo eres Santo, tú solo eres Señor, tú solo eres Altísimo con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

¡Alma mía! Aprende esta lección de humildad que te da el Corazón de Jesús; porque si no la aprendes y no la practicas, jamás podrás ser su discípula, jamás entrarás ni harás morada en su Corazón, jamás participarás del reino de su gloria. Humildad, humildad, que da al alma la suma Verdad.

Flor. Si alguno dijere que no tiene pecado, es un mentiroso y la verdad de Dios no está en él. (San Juan Ev.)

Nunca nos culpan sin culpas. (Santa Teresa de Jesús)

Fruto. Cuando me culpen, callaré; no me disculparé, si no fuere en cosa grave. Dadme, Jesús, a lo menos deseos de ser despreciada por vuestro amor.

Jaculatoria. Jesús mío, humilde de Corazón, hazme humilde como Tú. Corazón de Jesús, mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Aspiración. Oh Jesús, esperanza mía, haced que vuestro Corazón herido por amor mío y siempre abierto a todos los pecadores, sea el primer refugio de mi alma al salir de este cuerpo, y que en este abismo infinito de vuestro amor todos mis pecados sean absorbidos y consumido para siempre.

Oh Jesús, formad mi corazón según el vuestro, y entonces mi vida toda será según vuestro beneplácito. (Santa Gertrudis)

Oración final

MORADA TERCERA (para el martes)

Patronos especiales: *San Francisco de Sales y santa Francisca Chantal*

Oración preparatoria

Práctica de la mansedumbre

La voz del Amado al alma:

De todas las virtudes es modelo perfecto mi Corazón, alma cristiana, pero lo es en especial de la mansedumbre. Yo solo puedo decir con toda verdad: Aprended de Mí, porque soy manso de Corazón, y hallaréis paz para vuestra alma. –Esta bella virtud es como característica de mi Corazón, asiento amable de la paz del cielo, y mansión exenta de la agitación y desorden de las pasiones. –Y esta debe ser también la nota característica de todos los devotos de mi Corazón. “En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amáis y os sufrís unos a otros”. Yo soy príncipe de la paz, rey pacífico, manso de corazón. No basta, hija mía, que seas humilde de corazón en ti; es menester así mismo que seas mansa con tu prójimo, porque jamás serás de verdad humilde, si no eres benigna y cortés con tu prójimo. La mansedumbre enfrena la cólera y quita del corazón todo deseo de venganza por la injuria recibida.

El asiento de la mansedumbre es el corazón, hija mía. No amas de corazón a tu prójimo y eres áspera con él, desabrida, intratable e inclinada a la ira y al desprecio, porque te amas con exceso a ti misma.

Trastornas los papeles: eres muy mansa contigo, y con todos rigurosa, juzgando y fiscalizando las palabras y obras, y hasta las intenciones de tu prójimo. –No obró jamás de este modo mi mansísimo corazón, porque tenía una ternura infinita para con los hombres. –Yo conocía en mi infinita sabiduría todo lo que había de miseria y de perversidad en el corazón humano y en tu corazón, hija mía, pero mi corazón los excusaba y compadecía. Miraba más a tu debilidad que a tu malicia, a tu ignorancia que a tu obstinación, y por eso no te he tratado según tú merecías, sino según exigía mi corazón. Oye las palabras de mi mansísimo corazón, y aprende tú de todas veras a ser mansa de corazón: “Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. Perdonad y seréis perdonados. Haced bien a vuestros perseguidores, y os reconocerán por hijos míos”. Medita mis obras. Recibo una bofetada delante del juez, y respondí manso al que me hirió: “Si he hablado irreverentemente, muéstralo: y si bien, ¿por qué me hieres?” Los apóstoles me abandonan, y yo luego de resucitado les aparezco ofreciéndoles el perdón y la paz. Jamás eché en cara ni reprendí las faltas pasadas a quien vino a mí arrepentido. Mis enemigos, luego de crucificarme, me blasfeman e injurian al pie de la Cruz, y yo ruego al Padre que los perdone, excusándolos, porque no saben lo que se hacen. Tomás se obstina en no creer mi resurrección, si no mete sus dedos y manos en mis llagas, y yo le invito a poner la mano en la herida de mi costado, toca mi corazón, y este toque blando y amoroso cura su infidelidad, y le perdono. Mi corazón, hija mía, ¿no lo ves? Es todo mansedumbre, afabilidad, dulzura con mis hermanos. ¿Es así el tuyo? ¡Ay dolor! Cambia de vida, hija mía, porque solamente con la práctica de la mansedumbre, poseerás tu corazón, serás feliz en ese valle de lágrimas y te atesorarás una corona de inmensa gloria para el cielo. Amén.

Mis mansísimos hijos de mi corazón san Francisco de Sales y santa Francisca Chantal, te confirmarán con sus palabras y ejemplo en la práctica de estas verdades y virtud de la mansedumbre.

El alma amante del Corazón de Jesús:

Verdaderamente, Jesús mío dulcísimo, he trocado los papeles: con todos he sido rigurosa y conmigo mansa, y debía ser al revés: con todos mansa y conmigo rigurosa, porque he pecado y solo merezco desprecios, confusión y castigo. Mas ahora, meditando las lecciones admirables de mansedumbre infinita que me da tu adorable corazón, propongo desde hoy mudar de vida y tener con vos un corazón de hija sumisa, con mi prójimo un corazón de madre compasiva y conmigo misma un corazón de juez. Mas ayúdame, Jesús mío, tú que todo lo puedes con tu gracia, porque ese batallar conmigo, ese negarme siempre, y vencerme, es lo más difícil a mi amor propio que tan desordenadamente se ama. Soy egoísta por condición pecadora, vicioso nació mi corazón e inclinado a sí mismo, haciéndolo siempre como centro de mis deseos y de mis obras, y en su lugar debo ponerte a ti, Jesús mío, rey de mi corazón y de mis afectos, y a mi prójimo por amor de ti, y a mí misma aborrecerme, porque soy mala y he pecado contra ti. Esfuérmame contra mí misma, y salga siempre vencedora en esta lucha implacable y constante entre la naturaleza y la gracia. Ya conozco que en esto está la más difícil de las victorias, ¿pero qué hay imposible a tu Corazón, que todo lo puede? Por otro lado reconozco que es la virtud más necesaria para llevar con honra el título de discípula fiel y amante de tu corazón dulcísimo y mansísimo, y para atraerte miles de corazones y encadenarlos a tu amoroso servicio y cogerlos en las redes dulcísimas de tu divino amor, pues, como dice tu siervo san Francisco de Sales, más moscas se cogen con una cucharada de miel que con cien mil barriles de vinagre. Observando mi corazón, veo por experiencia, Jesús dulcísimo, que los corazones se han de tratar cordialmente para ganarlos a la virtud y para el Cielo. –Ya procuraré en adelante, en todo lo que pudiere sin ofensa vuestra, procuraré ser afable con mi prójimo, con todas las personas que tratare, y portarme de manera que haga la virtud y la piedad amables, y amen mi conversación y deseen mi modo de vivir piadoso, y no se atemorizen ni amedrenten de la virtud. –Mientras más santa, seré más conversable con mi prójimo y más afable, y contentaré más a las personas que tratare. Procuraré entender de vos, Jesús mío, en verdad, que no miráis tantas menudencias como nosotros pensamos, y no dejaré que se me encoja el ánimo ni el espíritu, que es muy mala cosa para todo lo bueno, y porque podría perder muchos bienes para mí y no llevaría muchas almas a vos. La intención recta, la voluntad determinada a no ofender a vos, y mansa con todos y afable y conversable, lo más que pudiere, por vuestro amor. No quiero dejar arrinconar mi alma ni hacer la virtud huraña y esquiva, sino amable, como hija hermosa del cielo, como hija predilecta de vuestro Corazón. No quiero dejar acorralar mi alma, porque en lugar de santidad sacaría imperfecciones y no aprovecharía a sí misma y a los demás tanto como pudiere. No quiero apretarme en vuestro servicio, sino dilatarme entrando, viviendo y espaciándome por las moradas de vuestro divino y mansísimo corazón. Por esto os ofrezco la flor más preciosa de mi corazón.

Flor. Con todos seré mansa, y conmigo rigurosa, por amor del Corazón mansísimo de Jesús.

Fruto. Callaré, sufriré y amaré por Jesús. Callaré cuando esté de mal humor: sufriré los defectos del prójimo y le amaré por Jesús.

Jaculatoria. Jesús, manso de Corazón, haz mi corazón como el tuyo. Dulce Corazón de Jesús sed mi amor. Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

Aspiración. ¡Oh Corazón de Jesús! ya que nada amáis tanto como la mansedumbre o dulzura, la humildad y la caridad, yo me ocuparé enteramente en adquirirlas por contentaros a Vos.

Oración final

MORADA CUARTA (para el miércoles)

Patronos especiales: *San Luis y santa Magdalena de Pazzis*

Oración preparatoria

Práctica de la pureza de intención

La voz del Amado al alma:

Aprende de mí, alma cristiana, a obrar en todas las cosas con rectitud de intención. – Este es el secreto misterioso que cambia en oro purísimo de caridad las más bajas, pequeñas y ordinarias acciones, cuando son hechas por puro amor mío, o por agradarme. Entonces son actos virtuosos que multiplican la gracia habitual y te hacen grato a mi Corazón divino, y a esta gracia corresponderá la gloria en el Cielo. –Esta rectitud de intención no es otra que la dirección del pensamiento actual o habitualmente, para que todo lo que se piensa, se dice, o se hace me contente a mí y me agrade. Esto hace que el alma no busque sino a Mí en todas las cosas, no lo que le es útil o agradable a ella.

Este modo de obrar es una *oración activa continua*, la más grata a mi Corazón, porque es obrar por puro amor de Dios. –Todos los santos, hija mía, se han hecho santos por esta rectitud de intención, y yo, el Santo de los santos, se lo enseñé y lo practiqué mejor que todos. “No busco mi gloria, decía, sino la de mi Padre que me ha enviado. Si a mí mismo me glorificase mi gloria nada es. –Yo te he glorificado y glorifico siempre, oh Padre mío”, exclamaba. Por eso estaba satisfecho mi corazón, lo mismo en el seno de mi madre, que fugitivo en Egipto, que escondido en Nazaret, que haciendo milagros y convirtiendo a los pecadores o redimiendo el mundo con mi sangre, porque en todas las cosas no buscaba sino agradar a mi Padre. Las turbas me alababan y exclamaban: todo lo ha hecho bien; jamás hombre alguno ha hablado como Jesús, mas mi corazón no se conmueve. Los escribas y fariseos me contradicen y calumnian, y yo no hago caso. Me amenazan, y no pierdo la paz. Me quieren hacer rey, y me escondo. Me quieren prender, y me ofrezco a mis perseguidores. Mi corazón, que enderezó siempre todos sus deseos, palabras y obras a contentar a mi Padre, siempre pudo exclamar: *Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre celestial.* Oh alma cristiana, si de una vez para siempre entendieses bien esta verdad, la más necesaria para ordenar toda tu vida y operaciones, esto es, que solo es estimable lo que a mi corazón agrada, y que las

cosas más pequeñas, si son de mi agrado, son las perlas más preciosas para el cielo; y que las obras más fatigosas, más ruidosas y más grandes son nada, no tienen ningún valor, si a mi corazón, no agradan. Aprende, hija mía, de mi corazón a no tener otro deseo en todas las cosas que glorificar a mi Padre, agradar a mi corazón, y serás feliz acá, y tendrás grandísima gloria en el cielo. Sea tu divisa en todas tus obras: Todo por Jesús y a su mayor honra y gloria.

Mis amados hijos de mi corazón, san Luis y santa Magdalena de Pazzis, te confirmarán con su ejemplo en la práctica de estas verdades y virtudes.

El alma amante del Corazón de Jesús:

¡Oh rectísimo Jesús! Mirando vuestro corazón purísimo y mirando el mío, me confundo y lleno de rubor. ¿Qué he hecho hasta aquí para la eternidad, Jesús mío? ¡Necia de mí! Con lo mismo que podía atesorar inmensos méritos para el cielo, he atesorado ira para el día de la venganza, fuego y castigo para el día que me llaméis a cuentas. ¡Insensata de mí! Con lo mismo que he hecho, que he sufrido, que he hablado, yo podría fabricarme una bellísima corona de gloria eterna, solo con la condición de que lo hubiese enderezado a vos, dirigido a vos, ofrecido a vos, solo con exclamar: “Todo por Jesús”; y ahora me la he fabricado de ignominia. Yo tomo mi corazón ¡pobre corazón mío! yo lo tomo en mis manos y lo examino ante el vuestro, oh Jesús adorado, y veo y descubro que en el obrar me he dejado llevar del honor mundano, de puntillos de honra, de deseos de ser alabado por las criaturas, de contentarlas con mengua de vos, que sois nuestro Criador. Y cuando así no he obrado, lo he hecho por rutina o por costumbre, sin alzar mis ojos ni mi consideración a vos, ni actual ni habitualmente. ¡Tan poco que cuesta el hacer un pacto con Vos de agradaros en todo! ¡Tan fácil que es repetir a menudo! ¡Todo por Jesús!... Por esto desde hoy yo os prometo, Jesús mío, enderezarlo todo a vuestra mayor honra y gloria. Y en este momento hago pacto formal de que no quiero pensar, ni desear, ni hablar, ni obrar cosa alguna sino es por vos, Jesús mío, que todo lo habéis hecho por glorificar al Padre celestial y por mi salvación. Es un acto de justicia, Jesús mío, que yo os devuelva lo que me disteis, y lo emplee solo en vuestro servicio y amor. Sí, mi divisa será en adelante: “Todo por Jesús, todo con Jesús, todo para Jesús, todo a su mayor honra y gloria”. Con esto repararé las quiebras del tiempo pasado, consolaré vuestro corazón, le desagraré de mis pecados y de los de todo el mundo y me labraré un peso eterno e inmenso de gloria. Ayúdame, Jesús, que sin ti nada puedo para enderezar todas mis operaciones a tu beneplácito, y empiece ya aquí a gustar el reino de tu gloria. Amén.

Flor. Oh Jesús mío: en unión de aquella divina intención con que vos hablasteis, comisteis, dormisteis, padecisteis y obrasteis, yo os ofrezco esta obra, este trabajo, etc.

Fruto. En cada obra y cada hora examinaré mi conciencia y me preguntaré: —¿Así hubiera obrado Jesús?

Jaculatoria. Corazón de Jesús, sed mi amor. Corazón de María, sed mi salvación.

Aspiración. ¿Quién más que vos, oh María, es digna de hablar por nosotros al Corazón de Jesús? Vos le hablaréis por mí, y todo lo obtendré de su corazón. ¿Por ventura no es vuestro hijo? (San Bernardo)

Oración final

MORADA QUINTA (para el jueves)

Patronos especiales: *San Bernardo y santa Matilde*

Oración preparatoria

Práctica de la conformidad con la voluntad de Dios

La voz del Amado al alma:

No hay cosa que te sea más necesaria, alma cristiana, para vivir en paz en este destierro y para merecer grande gloria en el Cielo que el conformarte en todo con la voluntad de Dios. –El fundamento de esta verdad, la más práctica y consoladora de la vida cristiana, es el dogma de la Providencia. –Esta verdad te enseña a confiar plenamente en mí, que soy tu Dios y tu Padre, que todo lo ordeno y dispongo para tu bien. ¿No ves, hija mía, a las avechillas del cielo? Ni siembran ni recogen, y no obstante no las deja morir de hambre mi Providencia. ¿No ves los lirios del campo cuán hermosos son, pues ni el más rico de los reyes con toda su magnificencia pudo a ellos compararse? Pues crecen y se adornan sin que la mano del hombre para nada los cuide. –Ahora bien, alma cristiana, si a una flor que vive un día, tan solícitamente la viste mi Providencia, ¿qué no hará contigo, alma de poca fe, que vales más que mil mundos y más preciosa eres a mis ojos que todo lo criado, pues te compré con mi sangre inmaculada, divina? Hasta los cabellos de tu cabeza tengo yo todos contados, y ni uno solo caerá en el suelo sin mi permisión. ¿Por qué temes, pues, y te inquietas y andas turbada y ansiosa y acongojada con los afanes de la vida, hija mía, sabiendo por la fe que nada puede acontecer sin que yo lo quiera o permita? ¿Por ventura no soy tu Padre, que te ama y se interesa más que tú misma en tu felicidad temporal y eterna? ¿Qué temes, pues, alma de poca fe? Deja, deja esos temores y angustias por tu suerte, por tu porvenir, y arroja todos tus cuidados en brazos de mi Providencia, pues sabes que soy tu Padre y te amo y porque con ello me disgustas, me ofendes. ¿Por ventura no sé, o no quiero, o no puedo darte siempre lo que más te conviene para tu bien temporal y eterno? Dime, alma de poca fe, si tú supieses ciertamente que nada te puede acontecer sin el consentimiento de una persona que te ama de veras, porque te ha dado siempre pruebas las más evidentes de su amor, ¿no es verdad que vivirías muy tranquila y aunque alguna vez tuvieses algún trabajo, no te desalentarías, porque sabrías bien que aquella persona puede y quiere y sabe lo que más te conviene y que este trabajo será para evitarte un mal mayor? ¿Pues no soy yo tu Padre, que te amo infinitamente más que todos te pueden amar? ¿No soy yo infinitamente sabio y poderoso que te puedo salvar? ¡Oh hija mía! ¡Cuánto me disgustas y ofendes con esos falsos temores y desconfianzas en mi Providencia paternal, pues me juzgas peor que una criatura, pues no tienes en mí la confianza que en ella! Mira a mi Corazón, hija

mía, y verás que el primer acto de su vida y el último y toda su vida no fue más que un acto de conformidad con la voluntad de mi Padre celestial: “Dios mío, quiero lo que Tú quieres; lo quiero como Tú lo quieres; lo quiero porque Tú lo quieres”. Esta fue mi comida, hija mía, mi vida, mi ser. En el seno de mi madre, en mi nacimiento, en mi huida a Egipto, en Nazaret, en el Tabor, en el Getsemaní, en el Calvario, este fue mi único deseo. “Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía”. No creas por eso, hija mía, que te esté prohibido pedirme el verte libre de alguna tribulación o trabajo; no, hija mía, tan solo te está prohibido el turbarte, el desconfiar de mi Providencia, y sobreponerte a mi voluntad. Di siempre en estos casos: Padre mío, si es posible que pase de mí este trabajo, más no se haga lo que yo quiero, sino lo que vos queréis. *Fiat voluntas tua*. Mis amados hijos de mi Corazón san Bernardo y santa Matilde, te confirmarán con su ejemplo y su doctrina en estas verdades y virtudes.

El alma amante del Corazón de Jesús:

¡Oh Jesús mío! ¿Qué he hecho? Horrorizada estoy de mi conducta. ¿Por qué he desconfiado, o no he tenido en cuenta apenas para nada vuestra amorosa Providencia? ¡Cuánto he injuriado, Señor mío Jesucristo, a vuestra paternal bondad! ¡He confiado menos de vos que de una simple criatura! ¿Dónde está mi fe? ¡Oh Señor! Aumentad mi fe, avivad mi fe, pues todo el mal del mundo, y especialmente de mi alma, está en no tener fe viva en vuestra amorosa providencia. Bien me está: en lo mismo que he pecado, he hallado el castigo. ¡Cuánta paz hubiera gozado mi pobre corazón en todas sus penas si hubiese sabido confiar plenamente en vos, y hubiese acudido a Vos, y sobre todo hubiese sabido descansar confiado en vos, como el niño en el seno o en los brazos de su cariñosa madre! ¿Por ventura no sois vos mejor que diez mil padres y madres? Ahora recuerdo, Jesús mío; mas ¡con cuánta confusión y vergüenza! que en mi infancia no pasaba ningún cuidado de hambres y carestías y trabajos, ni de la comida, ni del vestido, porque tenía a mis padres que velaban por mí, y eran mi Providencia visible sobre la tierra, y vivía tranquilo, reposaba tranquilo, sin cuidar ni inquietarme del porvenir. Pues, ¿por qué, señor mío y padre mío Jesucristo, no he de tener en Vos la confianza que en mis padres terrenos? ¿Por ventura no sois vos infinitamente más sabio, poderoso y rico y bondadoso que ellos? Oh Señor, aumentad mi fe. Mis suertes, Señor, están en tus manos, porque tus manos me hicieron y formaron, y soy obra tuya, y no de dioses extraños. Y mejor están en ti, Señor, que no en mí. No me castigéis jamás en darme lo que yo quiero y deseo, si vuestro amor, que en mí viva siempre, no lo deseare, porque miserable es mi sabiduría e incierta mi providencia, y por eso os ruego proveáis por vuestra Providencia los medios necesarios para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. ¡Oh Dios mío y mi sabiduría infinita sin medida y sin tasa, sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh Amor! ¡Oh Amado que me amas más de lo que yo me puedo amar ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues de todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis vos entendidos sus fines y yo no entiendo cómo me aprovechar? Porque en esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida, y así lo mejor es, Señor, que resignada me entregue totalmente a vuestra voluntad y os diga como vos me lo

enseñasteis: “Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo”.
Sírvaos yo siempre y haced de mí lo que quisieréis.

Flor. ¡Qué fuerza tiene este don de voluntad! No puede menos si va con la determinación que ha de ir de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. (Santa Teresa de Jesús)

Fruto. Que queramos que no se ha de hacer la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra: tomad mi parecer y haced de la necesidad virtud. (Santa Teresa). –Los actos de resignación a la voluntad de Dios, son los más agradables al Corazón de Jesús. (San Ligorio).

En lo próspero y adverso diré siempre: Alabado seas, Padre mío, porque así fue de tu agrado.

Jaculatoria. Vuestra soy, para vos nací. ¿Qué queréis, Señor, de mí? Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad.

Aspiración. Salvador mío, inflamadme con el amor en que se inflama vuestro Corazón: vaciad en mi corazón la gracia de la que es vuestro corazón manantial, y haced que mi corazón de tal modo esté unido al vuestro, que vuestra voluntad sea la mía, y la mía sea siempre conforme a la vuestra. (Santa Matilde).

Oración final

MORADA SEXTA (para el viernes)

Patronos especiales: *San Miguel de los Santos y Beata Alacoque*

Oración preparatoria

Práctica del sacrificio

La voz del Amado al alma:

Yo soy Jesús, que tengo corazón de rey, y soy rey de los corazones. –Tengo corazón de Rey, porque unido con la divinidad vine al mundo a ser rey, fui constituido por mi Padre rey de los cielos y tierra y es el único título que quise tener sobre mi cruz al morir sumergido en un mar de dolores, de afrentas, de ignominias, porque desde la cruz debía reinar. Tengo, pues, corazón de rey, esto es, magnánimo, noble, real, animoso, generoso, es decir, dotado de todas las más bellas cualidades que puedan adornar a ningún corazón humano, porque el mío es corazón de Hombre-Dios. Por esto, mi corazón, hija mía, es rey de los corazones, esto es, el mejor, más santo, más perfecto, escogido por Dios para reinar en todos ellos. Y por esto, hija mía, todas las buenas cualidades que descubras en otros corazones, no son más que un débil rayo comparado con el sol, y una pequeña gota comparada con el océano. Sí, pues, tanto te

arrastran esas pequeñas bondades de un corazón bien nacido, ¿cuánto debe arrebatarse tu veneración y amor el que es la fuente y plenitud de todos estos dones, esto es, mi corazón de rey y rey de los corazones? Por esta razón, hija mía, soy maestro del sacrificio, rey de todos los sacrificios, que es el acto más noble, más generoso del corazón. El corazón es el lugar del sacrificio, es el altar, es el sacerdote y es la víctima. Quien no sabe sacrificarse, no sabe amar: el amor vive del sacrificio. Yo soy víctima, que no viví para mí, sino para mi Padre; soy cordero de Dios sacrificado desde el principio. Sí, hija mía, si recorres todos los pasos de mi vida, desde el primer instante de mi vida en el seno de mi madre María, hasta el último suspiro de mi vida en la cruz, no leerás ni descubrirás en todos estos actos más que esta palabra: sacrificio. Y como si no bastase a mi corazón este sacrificio de toda mi vida, quise instituir el sacramento de mi amor, el adorable sacrificio de la misa, para ser sacrificado miles de veces todos los días hasta la consumación de los siglos. –Aprende bien de mi corazón esta lección importante, alma devota, porque si no sabes sacrificarte como yo, jamás entrarás con holgura, ni harás mansión deleitable en mi corazón alanceado. Yo viví de sacrificio, y morí sacrificado, y la vida cristiana es vida de sacrificio. –¿No oíste mis encomiendas? Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti misma, toma tu cruz cada día, y ven, y sígueme. El que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. – Todo cristiano es rey y sacerdote para ofrecer a Dios hostias espirituales: la vida del alma es una vida de abnegación, de muerte a sí misma y a sus gustos, a su voluntad, a su propio juicio, a sus sentidos: es la destrucción de la víctima del corazón, mediante la inmolación de todo deleite, es la oblación perfecta hecha a Dios, solo por honrar su supremo dominio con un acto generoso del alma, bajo el imperio del divino amor, ¡Oh hija mía! Comprende bien que todo lo que yo exijo y puedo exigir de ti es que me hagas el sacrificio de tu corazón, de tu voluntad, de tu libertad, para unirme a mi corazón de víctima, y de pontífice, y de rey de los corazones en la consumación del amor. No puedes ser, no solo discípula de mi corazón, sino ni siquiera cristiana, sin sacrificio. No puede ser más el discípulo que el maestro, ni el siervo más que su señor.

Mis amantísimos de mi Corazón, san Miguel de los Santos y B. María Alacoque, te confirmarán con sus palabras y ejemplo en la práctica de estas verdades y virtud real del sacrificio.

El alma amante del Corazón de Jesús:

¡Oh corazón de mi Dios y Dios de mi corazón, Cristo Jesús! ¡Cuán errada he vivido toda mi vida! Yo me he forjado una religión cómoda, una virtud sin sacrificio, una vida devota, sin abnegación y vencimiento: vida buena para ir a parar al infierno, o al menos a un largo y penoso purgatorio. Vida cómoda es anuncio de muerte penosa, de eternidad desgraciada. Parece verdaderamente, según vivimos, que no somos cristianos ni hemos leído vuestra pasión. –Vos no cesáis de recordarme este sacrificio clamando de continuo: “Hija mía, dame tu corazón. Aunque me hagas sacrificio de todas tus cosas, no estaré satisfecho, si no me sacrificas tu corazón”. ¡Oh Jesús, rey del dolor y del sacrificio! Daros, sacrificaros mi corazón, ya sé yo que es el complemento de todos los sacrificios, es el heroísmo de las almas reales, generosas, porque se extiende a toda la vida, a todos los actos de la vida; por eso, Señor, somos tan escasos y tardíos en darnos del todo a vos. Mas ¡qué injusticia! ¡Nos damos a las criaturas, a

nuestras pasiones, a nuestros deseos, y tememos darnos a vos, y andamos regateando nuestro sacrificio, y si os lo hacemos, parece que luego nos arrepentimos de nuestra donación, y cometemos en el holocausto la rapiña, que tanto os desagrada! Por eso mi corazón es y ha sido infeliz, porque ha rehusado haceros el sacrificio completo de sus aficiones y de su amor. Si mi corazón es el centro de la vida, la voluntad es la reina de todas las facultades del alma. Daros, pues, cualquier facultad sin la voluntad, es haceros donación de los esclavos y gente de baja estofa, reservándonos lo mejor para nosotros. Por eso vos no lo aceptáis, y solo me pedís el corazón. ¿Qué hacer, pues, dueño mío? Más hacéis vos en pedir y aceptar mi corazón, que yo en dároslo. Tomadlo, pues, y recibidlo. A vos os lo doy, todo, todo entero, sin reserva. Vos me lo habéis dado: justo es os lo devuelva, pero como víctima, como un sacrificio agradable. Sacrificándoos mi corazón, os sacrifico todos mis sentidos, privándome de toda vana curiosidad y deleite peligroso. Sacrificándoos mi corazón, yo os sacrifico mi alma, sobre todo mi propio juicio, por medio de la obediencia a vuestra ley, a mis superiores, a mis reglas; mi memoria, no acordándome sino de vos y de vuestros beneficios; mi voluntad, no queriendo sino lo que vos queréis y como lo queréis. Sacrificándoos mi corazón, os sacrifico hasta los gustos o consolaciones espirituales, las afecciones más puras y legítimas del corazón, porque no quiere amar más que a vos, mi Jesús, y aun porque sois Jesús.

En cambio os pido me deis aquel odio santo contra mí misma, sin el cual no puedo ser vuestra discípula. Conózcame, Jesús, a mí, y conózcate a Ti, para aborrecerme a mí y amarte sobre todas las cosas a ti, Dios vivo y verdadero, cordero muerto desde el principio del mundo, para que viva sepultada en ti, escondida mi vida en el secreto de tu corazón, para que tú vivas en mí por unión perfecta de la gracia, prenda de eterna gloria. Con esto tú vivirás y reinarás en mí y yo en ti, y enseñorearé la tierra, porque seré señora de mí misma por tu amor. Amén.

Flor. Haced, os ruego, corazón amabilísimo, que yo no pueda amar sino a vos, con vos y para vos. Yo amaré a todos por vos, oh Jesús mío, y a vos, mi Jesús, solo por vos mismo. (Beata Margarita).

Fruto. Yo todo lo haré y sufriré por amor del Corazón de Jesús, para que Jesús lo haga todo por mí, ya que todo lo sufrió por mí. (Beata Margarita).

Jaculatoria. ¡Oh Corazón de Jesús, escribid en mi corazón vuestro amor y vuestro dolor! Vuestro amor, para que desprecie por vos todo otro amor; vuestro dolor, para sufrir por vos todo dolor. Quiero amar padeciendo y padecer amando por vos, Jesús mi Dios.

Aspiración. Oh Amor mío crucificado, no os olvidéis del amor de vuestro corazón. Y vuestros dolores sean lenitivo a mis dolores, oh misericordiosísimo Jesús, y vuestro corazón, inflamado de amor, toque, hiera, e inflame el alma mía. (Beato Enrique Susou)

Oración final

MORADA SÉPTIMA (para el sábado)

Patronos especiales: *San Alfonso de Ligorio y santa Catalina de Siena*

Oración preparatoria

Práctica de la obediencia

La voz del Amado al alma:

La obediencia: he ahí la reina de todas las virtudes, la que debes procurar con más empeño, alma cristiana, si quieres ser en verdad verdadera discípula de mi corazón y salvar *con toda seguridad* tu alma eternamente. Todas las virtudes puede remedar Satanás, transformándose en ángel de luz menos la virtud de la obediencia, porque cabalmente es demonio, porque no obedeció, y si pudiese obedecer, dejaría de ser demonio. Por esto, hija mía, no hallarás ningún obediente en el infierno, ningún desobediente en el Cielo. Por lo mismo, hija mía, la primera palabra que dije y la primera obra que hice al entrar en el mundo, fueron de obediencia: “Padre mío, quiero hacer tu voluntad”; y mis últimas palabras y obras fueron de obediencia: *Consumatum est*. He cumplido, Padre mío, todo lo que me habéis mandado; he hecho siempre lo que habéis querido: “He sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz”. Todos los otros instantes de mi vida, hija mía, entre el primero y el último, los empleé en obedecer, de modo que con toda verdad pude afirmar: “Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre; en todo instante obedezco a mi Padre”. He aquí, pues, hija mía, toda mi vida reducida a estas dos palabras: Obedecí a mi Padre. –Y he aquí compendiada también toda la vida perfecta de un alma cristiana: Obedecer a Dios cumpliendo sus preceptos y nuestras obligaciones. ¿Puedes tú decir con verdad que en todo instante obedeces a Dios? Mas no solo, hija mía, obedecí a Dios, mi Padre celestial, sino también a los que le representaban en el mundo. Treinta años pasé en esta escuela de la obediencia, hija mía, para enseñarte su necesidad, su excelencia. Yo no prediqué a las turbas, ni hice milagros, ni anuncié mi venida, ni escogí discípulos, ni me di a conocer por Hijo de Dios en estos treinta años; solo obedecí a María y a José. Treinta años te enseñé siempre esta óptima virtud, solo tres los empleé en el apostolado. Pondera en qué cosas obedecí. En los primeros años, en todos los oficios más humildes en que pueda ocuparse el hijo de una madre pobre; en mi juventud, en el oficio de pobre carpintero o artesano, porque esto era mi padre san José. Mas oigo que asombrada me preguntas: ¿Pues no viniste para salvar el mundo? ¿Os habéis olvidado de vuestra misión? ¿Dónde estuvo vuestro celo por la gloria del Padre, por la salvación de las almas? ¿Qué hacéis aquí en un rincón de Judea trabajando de carpintero, mientras dejáis que caigan a miles las almas en el infierno? ¿Qué hace vuestro corazón, qué dice, qué siente? –Hago la voluntad de mi padre celestial, hija mía, obedezco, y con esto hago todo lo más excelente y divino: con este sacrificio de mi obediencia ofrezco al Padre y le doy una gloria igual a la que le daré en mi apostolado y en la cruz. Graba bien esta lección en tu corazón, hija mía, esta última y principal lección: más vale la obediencia que todas las víctimas, porque es la víctima mejor, la más noble, más preciosa, la más amada de mi corazón, porque es la víctima del entendimiento y del corazón. No lo olvides. El mundo, el demonio y tus pasiones te

quieren tiranizar con su yugo para hacer de tu corazón un infierno. Yo quiero reinar en él por la obediencia filial, amorosa, para hacer de él un paraíso acá en el suelo y después en el cielo. Obedece, y serás feliz y santa pronto, muy pronto, porque el atajo más seguro y más breve para hacerte santa, es la obediencia.

Mis obedientísimos hijos de mi Corazón, san Alfonso de Ligorio y santa Catalina de Siena, te confirmarán con sus palabras y ejemplo en la práctica de estas verdades y virtud principal de la obediencia.

El alma amante del Corazón de Jesús:

¡Jesús mío, cuán errada he andado en el camino de la virtud y de la perfección, por no haber oído ni aprendido esta lección de vuestro corazón acerca de la obediencia! Me he fatigado, he andado por caminos difíciles, pero sin ningún provecho, porque no os obedecí, porque en todo busqué mi propia voluntad, mi gusto, mi capricho. No conocí, ni el mérito de la obediencia, ni la fuerza de esta virtud, que suele allanar cosas que parecen imposibles, porque es la virtud que todo lo puede y la que libra al alma de todos los engaños y ardidés del demonio, y de todas las embestidas y sutilezas del amor propio. –Vos no queréis otra cosa del alma que quiere serviros y amaros más que sea obediente: Vos no exigís otra cosa del alma que quiere llegar a la verdadera libertad de espíritu que tienen los perfectos, que es la mayor felicidad que se puede desear en esta vida, que la obediencia, porque no queriendo cosa alguna, todo lo poseen y nada de este mundo les puede quitar la paz, porque de solo vos depende. – Ahora comprendo, Dios mío, por qué apreciáis más la obediencia que la penitencia; porque de penitentes y ayunadores muchos se han perdido, pero de obedientes no se ha perdido ni uno solo. Ahora confieso por qué sin la obediencia, no solo no podré morar en vuestro corazón por la contemplación, pero ni tan siquiera agradaros con mis acciones. Ya comprendo ahora, Jesús mío, por qué es la virtud que más me encargáis y enseñáis, y por qué la amáis tanto, y con razón, porque por la obediencia os hago señor de mi libre albedrío, y por sujetaros este juicio mío y voluntad mía a vuestro servicio y amor, vos en cambio me hacéis señora de mí misma, y siendo dueña de mí misma puedo rogaros que descienda el fuego de vuestro amor sobre este holocausto preparado a vuestro santísimo nombre, y lo abrase y consuma, y haga de la tierra de mi corazón, cielo hermoso donde vos moréis, y os recreéis, porque se hace en él vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo. ¡Oh Dios del alma mía! ahora veo por qué el demonio pone tanto empeño en que no obedezcamos, porque no hay cosa que más presto eleve el alma a la más alta perfección y unión con vos, que la obediencia. Ya, pues, que sin la obediencia, Jesús mío, no puedo tener paz, ni seguridad, ni perfección, ni agradaros a vos, quiero ser obediente en todo y con toda perfección, con prontitud, con alegría; primero en las cosas de precepto, después en las de consejo, y, finalmente, a vuestras inspiraciones, todo por medio de mis confesores y superiores, de los cuales habéis dicho: El que a vosotros oye, a mí me oye. Quiero tener particular devoción y hacer especial profesión de la virtud de la obediencia, quiero ser extremada en esta virtud para adquirirlas y conservarlas todas, oyendo con docilidad, y practicando con fidelidad, todas las lecciones de vuestro corazón obedientísimo hasta la muerte. Hablad, Señor mío Jesucristo, que vuestra sierva escucha; yo no quiero otra alabanza en vida y en muerte que el poder decir con

verdad: fui obediente a Jesús mi Dios hasta la muerte, para entrar, como siervo fiel, al goce eterno de su gloria. Amén.

Flor. ¡Oh Corazón de Jesús! Yo os ofrezco los actos de resignación a vuestra voluntad, por mi obediencia, porque son los actos más caros y más agradables a vuestro corazón. (San Ligorio)

Fruto. Propongo, Jesús mío, y os pido me deis la muerte antes de ser traidor a las finezas de vuestro amor. (San Ligorio)

Jaculatoria. Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

Aspiración. Señor mío Jesucristo, yo deseo a solo vos, y no tendré paz mientras no viva escondida dentro de vuestro Corazón. (Santa Catalina de Siena)

Oración final

CORONILLA DE DESAGRAVIOS Y ALABANZAS AL CORAZÓN DE JESÚS

V. Domine, labia mea aperies.

R. Et os meum annuntiabit laudem tuam.

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adjuvandum me festina.

Gloria Patri, etc

¡Dulcísimo Corazón de Jesús sacramentado! Traspasada nuestra alma de pena y dolor al veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los del mundo y del infierno, representados por esas señales de llagas, cruz y espinas; consagramos a vuestro amor y desagravio esta corona de alabanzas. Aceptadla, Jesús mío misericordiosísimo, en unión de todas las alabanzas con que os han glorificado y actualmente os glorifican los justos del cielo y tierra. Amén.

I

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda Europa. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de vuestra madre María Santísima, os consagramos la primera parte de esta corona con nueve desagravios y alabanzas.

Un coro dice: Viva Jesús. Otro coro responde: Muera el pecado. La persona que dirige prosigue: Sea por siempre alabado. Y todos: el Corazón de Jesús Sacramentado. Se repite: Viva Jesús, etc., nueve veces.

V. ¡Oh Corazón purísimo! Haced, os rogamos,
R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

II

¡Oh purísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás conque os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda Asia. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de los nueve coros de ángeles, os consagramos la segunda parte de vuestra corana con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

III

¡Oh santísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás conque os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda África. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los santos apóstoles y demás mártires del cielo, os consagramos la tercera parte de vuestra corana con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

IV

¡Oh amantísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás conque os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda América y Oceanía. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los santos confesores y santas vírgenes del cielo, os consagramos la cuarta parte de vuestra corana con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

V

¡Oh suavísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás conque os han ofendido y actualmente os ofenden los demonios y condenados en el infierno. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos vuestros

devotos que hay en el cielo y en la tierra, os consagramos la quinta parte de vuestra corona con nueve desagrazos y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

VI

¡Oh sacratísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden las personas consagradas a vos. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de los corazones inocentes, que son vuestras delicias, os consagramos la sexta parte de vuestra corona con nueve desagrazos y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

OFRECIMIENTO

Os adoramos, divino Corazón de Jesús Sacramentado, coronado con la amorosa corona de estos desagrazos y alabanzas, juntas y unidas con las de todas las criaturas de cielo y tierra. Con esta corona os proclamamos rey de todas las criaturas y vencedor soberano de todos los agravios con que os tienen injuriado. Reinad, corazón gloriosísimo y triunfad, así coronado, en todos los corazones, voluntades y afectos de vuestras criaturas, en las cuales y por las cuales queremos y anhelamos con todo el corazón que seáis por siempre glorificado. Amén.

COMPASIÓN CON JESÚS

¡Pobre Jesús! ¡Quién piensa en vos!, ¡quién os ama y adora, os visita y consuela en las largas horas que solitario os halláis en ese Tabernáculo!

Se repite: ¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! El amor a los hombres os tiene cautivo en esa cárcel estrecha del sagrario; mas ¡pobre Jesús!, ¡los hombres no se acuerdan de vos!, ¡os dejan solo!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Vivís en el sacramento de amor para interceder por los hombres; y ¡pobre Jesús!, ¡los hombres os olvidan, os ofenden, os desprecian, os insultan!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Mendigo ilustre de amores, buscáis corazones que os amen, pedís una limosna de amor; y ¡pobre Jesús!, ¡no os la damos!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Solitario, como huérfano desvalido, buscáis quien os consuele y os acompañe; y ¡pobre Jesús!, ¡apenas halláis un amigo que endulce ese abandono, esa soledad!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Vos habéis hecho por salvar al mundo, por salvar nuestras almas, cuanto se puede exigir al corazón más enamorado y generoso; y ¡pobre Jesús!, ¡los hombres no os corresponden más que con desvíos, desdenes, desprecios!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Vos habéis hecho por salvar al mundo, por salvar nuestras almas, cuanto se puede exigir al corazón mas enamorado y generoso; y ¡pobre Jesús!, ¡los hombres no os corresponden más que con desvíos, desdenes, desprecios!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Naciendo, os habéis dado por compañero del hombre; en la Comunión, en alimento; muriendo, en precio; y reinando, os nos dais en premio; y ¡pobre Jesús!, ¡ni se acepta vuestra compañía, ni gusta ese alimento, ni se aprecia vuestro precio, ni se quiere vuestro reino!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

*¡Pobre Jesús! Como pordiosero importuno bajáis del cielo y llamáis de continuo a las puertas de nuestro corazón para que os demos entrada. Yo estoy a la puerta y llamo, clamáis: *ábreme, hermana mía, amiga mía, esposa mía*; y ¡pobre Jesús!, ¡nadie os abre, y del rocío de la noche está llena vuestra cabeza, y del relente vuestros cabellos; volvéis a llamar y esperáis, y volvéis a esperar y nadie os responde!*

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Las raposas infernales tienen sus madrigueras, y las aves de rapiña que arrebatan las almas a la muerte eterna tienen sus nidos; mas ¡pobre Jesús! ¡Vos sólo, pastor celestial de las almas, no tenéis dónde reclinar la cabeza!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Aún las mismas bestias más feroces descubren sus pechos y dan de mamar a sus cachorrillos; pero ¡pobre Jesús!, ¡la hija de vuestro corazón imita ingrata al avestruz del desierto, y os abandona en vuestra orfandad y desamparo!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Todos tienen amigos compasivos que los consuelan en sus penas y los ayudan en sus necesidades; mas ¡pobre Jesús!, ¡sólo vos halláis en vuestros amigos y allegados traidores pérfidos que con un beso os venden, por un qué dirán os entregan villanamente a vuestros enemigos!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Crece la infernal gritería de los que os ultrajan y os blasfeman; los hijos de las tinieblas quieren tornaros a la cruz, y no cesan de agraviaros; y ¡pobre Jesús!, ¡no halláis un átomo de consuelo, una lágrima de arrepentimiento, un suspiro de amor, un corazón que corresponda dignamente a vuestros designios, os desagravie y tenga celo ardoroso de vuestra gloria!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Mas ¡ay de mí!, ¡pobres de nosotros pecadores!, ¡pobres de los corazones que no os aman! ¡pobre de mí, que tantas veces os ofendí! ¡Oh buen Jesús! apiadaos de los pobrecitos pecadores, de mi pobrecita alma, que tantas veces ha pecado contra vos... ¡Ay de mí!

¡Pobrecitos pecadores!, ¡pobre de mí que tantas veces os ofendí!, ¡oh buen Jesús! Acordaos de lo que nos ha sucedido al apartarnos de vos: nuestros esclavos se han enseñoreado de nosotros; extinguióse la alegría de nuestro corazón; convertido se han en luto nuestros regocijos; han caído de nuestras cabezas las guirnaldas. ¡Ay de nosotros que hemos pecado contra Vos! ¡Ay de mí, que tantas veces os ofendí!

¡Oh buen Jesús, apiadaos de los pobrecitos pecadores! ¡Apiadaos del más pobrecito de todos, que con tanta malicia tantas veces os ofendí!... ¡Ay de mí!, ¡pobrecitos pecadores!, ¡pobre de mí!